

El espejo fallido, una obra de teatro de Mario Vargas Llosa

>Vicente Gómez Montero*

A doña Ali, madrastra de un cuento que yo me inventé.

Lo voy a decir porque si no, reviento. A Mario Vargas Llosa le dieron el premio Nobel por su obra novelística. Porque si han querido dárselo por su teatro, como a Echeagaray, Unamuno, Pirandello, Pinter o cualquier otro exquisito dramaturgo, jamás lo hubieran hecho.

Los novelistas, curiosamente, no son buenos dramaturgos. Su teatro es más para leerse que para representarse. Privilegian el don del diálogo, recurso teatral, evidentemente, por sobre la acción, primera condición del drama. Las obras de teatro de Mario Vargas Llosa quieren contar, más que representar. Quieren encajar dentro de lo que se dice, más que dentro de lo que se hace. Y no es el único. Comparte con muchos otros narradores de su generación —Cortázar, Fuentes, García Márquez— el coqueteo con el teatro. Cuando un pueblo hace teatro, cuando aparecen en escena los dramaturgos, varios, no uno o dos, es entonces cuando el público es más culto, cuando la sociedad exige del dramaturgo que responda a los enseres de la vida, a los denuestos del tiempo, a la intolerancia de los de más arriba. Atisbemos

Desde los ochenta, año en que la llevó a escena la actriz Silvia Pinal en México y en Argentina, Norma Aleandro, esta obra ha devenido en un absurdo olvido.

La recuerdan sólo para desaprobala, como si eso le empañase al autor la vida.

rápidamente en las distintas etapas de la obra dramática de algunos países. Encontraremos que el teatro isabelino contaba con nombres tan embriagadoramente feroces como Marlowe o Jonson. Shakespeare era el mejor de todos ellos. En el siglo de Oro español, Lope era el mejor, claro, pero compartía marquesinas con Ruiz de Alarcón, con Góngora, con Calderón. Moliere era el mejor, pero estaban para apuntalar su fama Racine y Scarron. El teatro nace cuando la sociedad exige verse, cuando la sociedad busca su espejo.

Los narradores metidos a dramaturgos buscan el espejo de la locuacidad, de la palabra. El teatro es espejo de la sociedad. Los novelistas hacen de él un espejo de la voz, de la palabra. Ninguno de ellos escribió la obra magnificante, la obra donde aborda temas que la sociedad exige como suyos, como la respuesta a su tiempo. Fuentes,

para entrar en materia, se lanza a una exagerada raigambre de silogismos hermosamente elaborados en *Todos los gatos son pardos*. Pero es hasta el final, cuando gracias al cuadro plástico, vemos que Fuentes se refería al suceso de la plaza de las Dos Culturas en Tlatelolco. Mejor es el escenario, recurrente, calderoniano, fortalecido por la alegoría de la obra de Rodolfo Usigli, *Buenos días, señor presidente*. Cortázar teje bellísimas imágenes dentro de su poema dramático “Los reyes”. Todos los reyes se sienten presos en el laberinto donde mora el Minotauro. Pero es mejor obra *Un extraño laberinto*, de Fernando Sánchez Mayáns. Vargas Llosa no podía ser la excepción. También él quiso rendirle pleitesía a la musa de la dramaturgia... debió quedarse callado. Sólo tiene un acierto. Un acierto en un volumen lleno de obras de teatro, creo que son cinco y además un espectáculo que hizo con la actriz

7

Cinzontle

* Escritor, dramaturgo y locutor.

8

Cinzontle

española Aitana Sánchez Gijón sobre *Las mil y una noches*. El acierto teatral de Vargas Llosa se llama *La señorita de Tacna*.

Muy interesado en el melodrama, en ese melodrama radio-casero, Vargas Llosa recrea en teatro lo que ya había recreado en la novela *La tía Julia y el escribidor*: La imposibilidad del artista para crear. Ante sus asombrados ojos, jóvenes, señoritas, señores, voy a demostrar que Vargas Llosa cumple con los mejores avistamientos del teatro clásico con esta ejemplar obra de teatro. La excepción que confirma la regla. En la obra en cuestión, Belisario, alter-ego del peruano, está intentando escribir un apasionado diálogo cuando, en mitad del esplendoroso beso, se le aparece su tía abuela, una viejecita que se orinaba en los calzones. Belisario hace lo que hacen todos los que agarran la pluma, maldice a esa vieja, a la vieja que se entromete en el momento de la creación, espanta, ahuyenta a los espíritus malignos que le obstruyen el numen. Sin embargo, encuentra donde no había buscado.

La historia de esa viejecita, de la Mamaé (Mamá Elvira, según la bautizan los bisnietos sobrinos) pudiera ser lo que quiere un escritor contar. Lo que le piden los personajes que cuente. Hurgando en el brevariario pirandelliano, Vargas Llosa se entromete en la ficción y recrea la historia amorosa, seductora, milenaria de quien amó sin ser amada, de quien amó y traicionó y de quien guardó ferozmente un secreto para que su familia fuera feliz. Todos los elementos del drama. Y el peruano se dio cuenta muy bien de lo que hacía. *La señorita de Tacna* recurre a avances y retrocesos dentro de la misma anécdota. Cuando viven en Piura, el matrimonio formado por el primo Pedro y la prima Carmen gozan de una fascinante prosperidad. Elvira viene a ser la pariente pobre, la que se quedó a vivir con ellos, siendo una segunda madre para los chiquillos y una valiente

defensora de los secretos de Pedro. Belisario quiere desentrañar los secretos de ella, de su tía bisabuela, esa a la que conoció ya hilvanando, recomponiendo, desentrañando las historias de la familia. ¡Cuántas veces quise ser Belisario, cuántas veces les pregunté a mis tías sobre tal o cual pariente, por qué lo era, por qué nadie volvía a hablar de ellos! La incógnita de Belisario se recrudece al saber que por ese secreto, ese malsano secreto del tío Pedro, la familia devino a la pobreza. Los hijos del matrimonio, Agustín, César y Amelia, la mamá de Belisario, son elementos excepcionalmente bien tratados por el autor. Cuando estudié alguna vez teatro, el director José Solé nos dio el siguiente consejo: Pídanle siempre más a sus actores. Y Vargas Llosa crea los mejores tipos del teatro de su década. Desde los ochenta, año en que la llevó a escena la actriz Silvia Pinal en México y en Argentina, Norma Aleandro, esta obra ha devenido en un absurdo olvido. La recuerdan sólo para desaprobársela, como si eso le empañase al autor la vida. *La señorita de Tacna* recurre a las bellezas inenarrables del buen teatro. Tiene la acción desfasada, elíptica, alternada entre el presente y los recuerdos de la Mamaé. Pero siempre está el escritor entrometiéndose.

Mientras trata de desentrañar los atisbos de la vida de su Mamaé, Belisario también cuenta su vida. La vida de quien está señalado por los parientes, abuelos, tíos, mamá, a ser el que devolverá a la familia el lustre perdido, quien será abogado, doctor, arquitecto, para ganar mucho dinero y devolverle al apellido sus perdidos blasones. Este conflicto se adhiere a la serie de conflictos que ya conocemos de los antepasados. Eso fortalece la acción de *La señorita de Tacna*. Esa multiplicidad de conflictos resueltos, ¿o no?, dentro de la atmósfera del escenario es lo que galardona la pericia de Vargas Llosa como dramaturgo. Interpo-

ne, a la manera del mejor cineasta de suspenso, las historias. No hay una ordenada relación de los hechos, hay un desarrollo novelesco, aventurado, simbólico en cada uno de los regresos a la memoria de Mamaé. Mamaé es la dueña de la memoria, es la diosa Némesis apoderándose de la memoria de todos los involucrados con ella. De sus primos, de sus sobrinos bisnietos, de su tataranietosobrino, todos ellos rinden tributo a esta matrona, compañera de Úrsula Iguarán y de Teódula Moctezuma en el arte de contar historias. En algún momento de la obra dice Belisario:

Nunca dejará de maravillarte ese extraño nacimiento que tienen las historias. Se van armando con cosas que uno cree haber olvidado y que la memoria rescata el día menos pensado sólo para que la imaginación las traicione. (...) Como la historia verdadera no la sabía, he tenido que añadir a las cosas que recordaba, otras que iba inventando y robando de aquí y de allá. ¿Por qué me dio por contar tu historia? Pues has de saber que, en vez de abogado, diplomático o poeta, resulté dedicándome a este oficio que a lo mejor aprendí de ti: contar cuentos. Mira: tal vez sea por eso: para pagar una deuda.

Belisario/Vargas Llosa, aprende a contar cuentos de su tía bisabuela, la Mamaé. ¿No aprendimos ese oficio todos nosotros de los mayores de nuestra familia? Aun cuando luego lo neguemos. Vargas Llosa eligió a su pariente para narrarnos una (s) historia de amor y desengaño. Una historia que avanza, retrocede, vuelve, camina de la mano de un espectacular autor, de alguien a quien le dieron el premio Nobel por una sólida obra de la que *La señorita de Tacna* es una de las más preciadas piezas. Ver a quienes han desempeñado el papel diciendo los hermosos parlamentos, a veces inocentes, a veces de una profundidad propia de los viejos, es una de las mayores dichas que he tenido. Espero volver a tenerla alguna vez.